

LA HISTORIA VIVIDA

Fernando GONZÁLEZ DE CANALES

Un inexplicable (y subsanable) olvido

Una real orden de 10 de febrero de 1883 estipulaba: «Para enaltecer la memoria de los diversos jefes y oficiales del Cuerpo de Sanidad de la Armada que hayan muerto o sucumban en lo sucesivo en aguas de Filipinas ante la acción del enemigo y para que sirva de estímulo permanente para hacer ver a los que sobreviven que las circunstancias los condujeron al sacrificio de sus vidas en aras de sus deberes y en beneficio de la patria, se ordena que un retrato de éstos figure en el Museo Naval, honrando así como merece su memoria y hechos relevantes». Con posterioridad, esta disposición se hizo extensiva al Cuerpo General de la Armada.

En cumplimiento de esta real orden se pueden contemplar en dicho Museo los siguientes retratos de fallecidos ante el enemigo:

Alférez de navío Fermín de Otarola y Gutiérrez de Rubalcaba y médico segundo de la Armada José de la Madrid y Sánchez, muertos en 1851 en Calamianes (Filipinas) y Joló, respectivamente; los de los mismos empleos Federico Serantes y Ubriz y Estanislao García Loranca, fallecidos en 1874 en el desembarco de Patean (Filipinas); alférez de navío Julián Ordóñez y Falcón, caído en 1872 en la sublevación de Cavite, y primer médico de la Armada Enrique Cardona y Miret, muerto en 1887 en Ponapé (Carolinias Orientales) en la misma acción en que perdió la vida su gobernador, el capitán de fragata Isidro Posadillo y Posadillo, de quien inexplicablemente no existe retrato en el Museo Naval.

Nace Isidro Posadillo y Posadillo en Madrid en 1840 e ingresa en el Colegio Naval en 1853. Guardiamarina de segunda clase en 1856 y de primera en 1859. Alférez de navío en 1861, teniente de navío en 1866, teniente de primera clase en 1871 y capitán de fragata en 1878.

Su primer viaje al archipiélago filipino lo realiza en el bergantín *Escipión*; desde allí transborda sucesivamente a los vapores de guerra *Jorge Juan* y *Magallanes*, al pailebote *Pasig* y al vapor de guerra *Reina de Castilla*, para desempeñar varias comisiones en China. Regresa a la Península en 1860 y embarca en el bergantín *Patriota*, el vapor de guerra *Piles*, la corbeta *Ferrolana*, la goleta *Cruz* y la urca *Niña*. En 1864, a bordo de la fragata *Blanca*, navega al Pacífico y toma parte en las operaciones de las islas Chíncha y en los posteriores bombardeos de Valparaíso y El Callao, al mando de la batería principal del buque. Vuelto a España en 1866, embarca en el vapor de guerra *Alerta* como segundo comandante. Al año siguiente es nombrado redactor y

traductor del Depósito Hidrográfico, donde presta servicio hasta 1871, año en que embarca sucesivamente en las fragatas *Numancia* y *Villa de Madrid*, en esta última como ayudante de derrota. Al final del citado año pasa a Cuba como segundo del vapor de guerra *Churruca*, y posteriormente toma el mando del cañonero *Soldado*, para desempeñar comisiones en Nuevitas, Cayo Confites, Caibarién, Cárdenas y otros puntos de la isla. Navegando por Batabán, en la mañana del 18 de septiembre de 1873 se le inutiliza la máquina al partirse el soporte de la chumacera. Quedando el buque a merced del mar, vara entre Punta Llana y Cabo Corrientes y termina perdiéndose a pesar de haberse conseguido anclarlo; afortunadamente se salva toda la tripulación, así como la caja de caudales. Sometido a consejo de guerra en La Habana en diciembre del mismo año, resulta absuelto, con la observación de que la pérdida del cañonero no le supusiera una nota desfavorable en su carrera. Tras mandar en la mismas aguas el cañonero *Centinela*, en 1878 regresa a la Península, donde desempeña destinos en el Consejo de Estado, el vapor de guerra *Isabel la Católica* (comandante), la fragata *Victoria* (segundo comandante) y el vapor de guerra *Don Juan de Austria* (comandante); por último, ejerce de gobernador de las islas Carolinas Orientales, con residencia en la bahía de Santiago de la Ascensión (Ponapé), población en la que encontraría una muerte heroica.

Su muerte acaeció de la siguiente manera. El día 1 de julio de 1887, los trabajadores indígenas —indios canacas— de la capital de Ponapé no se presentaron a trabajar. Enviado un emisario por el gobernador para conocer la causa de su inasistencia, el reyezuelo Knot dio la siguiente respuesta:

«Dile a quien te manda que si él es gobernador de la colonia, yo soy rey de la isla, y que si piensa ahorcarnos en la colonia, que venga a matarnos aquí.»

Ante semejante actitud, el gobernador envía una columna de 20 hombres al mando del alférez Martínez, a la que los rebeldes, muy numerosos y provistos de rifles, someten a fuego graneado. Todos los miembros de la fuerza mueren, excepto un soldado que, herido y escondiéndose a través de la selva, logra llevar la triste noticia a la capital.

A la vista de la situación, el gobernador mandó construir una doble empalizada protegida con sacos de palay, para defender la plaza. Los rebeldes, apostados en los alrededores, cercaron ésta y, cubiertos por los árboles, disparaban a los sitiados. Esperando Posadillo que podría arreglar pacíficamente el conflicto merced a su influencia y prestigio, y pensando que una intervención de las fuerzas de la corbeta pontón *Doña María de Molina* —surta en sus aguas— agravaría la situación, declinó su apoyo. Como la situación se agravaba, en la tarde de ese mismo día solicitó el auxilio de una embarcación del pontón, en la cual evacuó a las mujeres, los niños, los frailes, los caudales y en general todo aquello que estorbara para el combate. El primer médico de la Armada Enrique Cardona y Miret declinó el ofrecimiento de trasladarse al pontón para ocupar el hospital de sangre a bordo, con la frase siguiente: «Mi honor me ordena morir al lado del gobernador».



En la noche del día 3, la situación se hace insostenible, así que Posadillo toma la decisión de dirigirse a la playa y embarcar en el pontón con la fuerza. Ésta, que sumaba un total de 54 hombres, se componía del teniente Lozano, el secretario del Gobierno, señor Tur, el citado Cardona, dos suboficiales, cinco marineros y un contingente de soldados indígenas. Tan pronto llegan a la playa, son atacados; después se traba un duro combate del que sólo sobreviven algunos soldados indígenas, que intentan su salvamento por mar.

Llegada la noticia a Manila, se nombró nuevo gobernador en la persona del capitán de fragata Luis Cadarso y Rey, que a bordo del vapor de transporte *San Quintín* arribó a la isla el 1 de septiembre con un fuerte contingente al mando del comandante de artillería Valero, a fin de restablecer la autoridad española. A su llegada, el buque encontró el pontón lleno de heridos y enfermos que carecían de asistencia facultativa pues, como se ha indicado, el médico murió en los sucesos de la noche del 3 al 4 de julio.

Enfermo el nuevo gobernador, que parte para Manila, toma el mando interinamente el segundo del *San Quintín*, teniente de navío Juan de la Concha. Éste ordena reforzar las defensas del pontón e inicia conversaciones con los rebeldes, los reyes Knot y Yokoy, a quienes fija como plazo para su rendición el 30 de septiembre. Finalizado éste sin deponer los rebeldes las armas, desembarcan dos columnas, una encabezada por un oficial del Ejército y otra al mando del alférez de navío Genaro María Jaspe, de la dotación del *San Quintín*, las cuales ponen en fuga a los insurrectos. Llegados a la explanada donde estuvo situada la colonia, se halló ésta reducida a ruinas. Entre la devastación sólo permanecían en pie algunos edificios públicos comidos por las llamas. Reforzada la colonia con reductos y artillada con cañones traídos del *San Quintín*, se continuaron las operaciones en tierra firme, quedando pacificada la isla el primero de enero del año siguiente.

La *Revista General de Marina*, al dar la triste noticia de la muerte del bizarro capitán de fragata don Isidro Posadillo y Posadillo, añadía la del primer médico de la Armada don Enrique Cardona y Miret, caído cuando se defendía de los enemigos y a la vez curaba a los amigos y compañeros en el cumplimiento de los deberes militares y humanitarios que gravitaban sobre él.

Nunca es tarde para subsanar este olvido pintando un retrato de este héroe y exhibiéndolo en el Museo Naval junto al ya existente del primer médico de la Armada don Enrique Cardona y Miret, para que las generaciones futuras admiren y recuerden las figuras de ambos, como representantes de tantos héroes anónimos que dieron su vida en honor de la patria en el recóndito suelo de las islas Carolinas.